

„libre un camino por donde lo hagan. Así, pues, volved á vuestros „hogares, deponed las armas, mostradme que me obedecéis como „es debido que lo hagais. Los blancos van á volverse á su suelo, „y todos quedaremos muy contentos dentro del recinto de Tenochtitlan.”

Cuando Moctezuma acabó de pronunciar esta alocucion, el silencio continuó algunos instantes; pero de repente salió una voz del centro de la multitud, diciendo: „Rey de los aztecas, sois un cobarde, un afeminado; sois mas á propósito para manejar la aguja „como las mugeres, que para gobernar una nacion de bravos. Sois „prisionero de estos extrangeros, y no os atreveis á confesarlo.” En seguida este hombre tomó su arco y lanzó una de sus flechas sobre el rey. Un terrible murmullo se percibió entre las masas irritadas. Todo el pueblo repitió las amargas imprecaciones del audaz mexicano, y millares de piedras y flechas se dirigieron al mismo tiempo contra la desgraciada persona del monarca, y antes de que los españoles tuviesen tiempo de cubrirlo con sus escudos, cayó en tierra á consecuencia de haber sido herido mortalmente cerca de una sien, lo mismo que en un brazo y una pierna. Incontinenti fué conducido el desventurado príncipe á su aposento. Aterrados los mexicanos por el sacrilegio que acababan de cometer, se sobrecogieron de terror y echaron á correr en todas direcciones. Los remordimientos sucedieron al ultrage, y el dolor tomó el lugar de la venganza satisfecha; pero como esta piedad era solamente por Moctezuma, los aztecas volvieron á combatir en seguida con los españoles, hasta el momento en que Cortés y los gefes de la nobleza, abrieron conferencia, en el mismo sitio en que el desgraciado monarca habia sido derribado. En vano procuró Cortés seducirlos por medio de promesas; pues ellos le contestaron resueltamente: „Marchad al instante, huid lejos de un pueblo que os detesta, y que ha „jurado morir ó exterminaros á todos.” En seguida se separaron con la amenaza en la boca y el odio en el corazón.

Las hostilidades se volvieron á romper en todos los puntos. Durante la continuacion de tan sangrientas acciones, las máquinas ambulantes de Cortés fueron destruidas, algunos puentes tomados y vueltos á recobrar; la artillería hizo sus acostumbrados destrozos, y sin embargo la ventaja no quedó de parte de los españoles; pues éstos no pudieron ganar ni una pulgada de terreno, y se vieron obligados á entrar en sus cuarteles, perseguidos por los mexicanos, quienes se apoderaron del gran templo vecino y se establecieron en su punto mas culminante. Un cuerpo de quinientos á seiscientos nobles ocuparon aquella formidable posicion, á donde hicieron llevar viveres de toda especie y una increíble cantidad de piedras. Todos estaban armados de largas lanzas, en cuyos extremos sobresalian unos pedazos de obsidiana mas anchos, menos afinados, pero tan cortantes como el hierro de las lanzas españolas. Era preciso

sacarlos á toda costa de un punto que dominaba completamente el palacio de Axayacatl. Juan de Escobar, camarista del gefe castellano, se preparó al ataque con un destacamento de cien soldados escogidos, y aunque esta gente estaba acostumbrada á vencer, é hizo prodigios de valor, fué rechazada por tres veces y tuvo que retirarse con gran pérdida y sin haber logrado su intento.

Considerando Cortés la importancia de aquella terrible posicion, no podia dejarla en poder del enemigo sin esponer su gente á ser toda destruida; y aunque herido de la mano izquierda de resultas de un golpe recibido en uno de los ataques anteriores, mandó que le atasen la rodela al brazo, y subió las escaleras de la torre á la cabeza de una buena porcion de los suyos, con una audacia de que hasta entonces no habia dado tan brillante prueba. En su precipitada marcha derribó cuanto se le puso delante: su espada no descansaba un momento, y las de sus compañeros no andaban ociosas tampoco, pues se hallaban en abierto combate con la nobleza mas escogida, tenían que combatir á hombres tan valientes como ellos, y que ni daban ni pedían cuartel á sus mortales enemigos. Muchos españoles fueron derribados al subir por las escaleras del templo; pero dice Cortés: „con ayuda de Dios, y de su gloriosa Madre, por „cuya casa aquella torre se habia señalado, y puesto en ella su imagen (1): les subimos la dicha torre, y arriba peleamos con ellos „tanto, que les fué forzado saltar de ella abajo á unas azoteas, que „tenia al derredor, tan anchas como un paso.” Terrible fué esta pelea de muchos centenares de hombres sobre una plataforma de sesenta piés de elevacion, y que no presentaba sino una superficie de algunas toesas cuadradas. La lucha duró tres horas con implacable encarnizamiento: los quinientos ó seiscientos nobles que se habian fortificado en la parte superior del templo, unos murieron al filo de las espadas españolas, y otros se precipitaron en los terrados inferiores, cuyo destino preferian antes de rendirse á sus osados enemigos. En esta batida, la mas encarnizada de cuantas se habian dado, los mexicanos se defendieron con una union de que no habian dado ejemplo, y con un valor digno por cierto de mejor suerte. La pérdida de los españoles no fué despreciable, pues perecieron cuarenta y cinco de los mejores soldados, y casi todos los demás quedaron heridos. Los tlascaltecas y mexicanos mucho tiempo despues de la conquista, conservaron en sus pinturas la memoria de este sangriento suceso.

Los españoles pusieron fuego á este privilegiado templo de la nacion azteca, y mientras que el pueblo contemplaba atónito los es-

(1) Por esta razon se consagró allí el templo metropolitano en honor de Santa Maria: esta imagen de que habla, fué la misma que hoy se venera en el santuario de los Remedios, segun algunos, ó la pintada en un damasco de una bandera, que recogió el Sr. Boturini, y está en la secretaria del vireinato, y lo primero es lo mas fundado. (Lorenzana).

tragos del incendio, Cortés conferenciaba en sus cuarteles con unos cuantos individuos de la alta nobleza, á quienes exhortaba á la paz como el mejor medio de librarse del terrible azote de las armas españolas; pero no habiendo podido domar la fiereza de sus obstinados enemigos, incendió durante las horas de la noche mas de trescientas casas en una de las tres calles principales. Al siguiente dia se puso al frente de sus mejores tropas, y habiendo tomado el gran camino de Iztapalapan auxiliado con sus máquinas ambulantes, ganó los cuatro primeros puentes á pesar de la vigorosa resistencia de sus contrarios, quemó algunas casas y aprovechó sus materiales para llenar los fosos, y despues de haber dejado suficiente tropa para custodia de aquellos puestos, se volvió á sus cuarteles con pérdida de doce soldados muertos y muchos heridos. En la siguiente mañana tomó otros tres puentes y persiguió á sus enemigos hasta mas allá de la calzada; pero cuando se empleaba en cegar los fosos para hacer posible su retirada en la corte, tuvo que retroceder apresuradamente para oír las proposiciones de paz que trataban de hacer los mexicanos. Ellos le manifestaron que deseosos de suspender las hostilidades, no podian efectuar capitulación alguna sin la presencia del sumo sacerdote, á quien los españoles habian cogido prisionero en el ataque del templo mayor. Puesto en libertad este grande dignatario del imperio, los electores recobraron al gefe de su religion para ungir al nuevo monarca que iban á colocar sobre el trono de sus mayores, único objeto que se habian propuesto al poner en obra la anterior extratagema; pues apenas dió Cortés la orden para satisfacer el deseo de sus enemigos, cuando desconociendo ellos la fé de los tratados hechos con las armas en la mano, volvieron á romper las hostilidades con el mismo ardimiento que en los anteriores dias. Los puentes fueron quitados y recobrados varias veces, pero viendo Cortés que era en vano combatir la obstinacion del pueblo azteca, tomó el partido de encerrarse en los cuarteles con toda la gente que militaba bajo sus órdenes.

Mientras tenian efecto estos sangrientos sucesos en la capital del imperio, Moctezuma guardaba cama, moribundo en el cuartel de los españoles. Herido por los mismos que durante mucho tiempo le habian venerado como á un dios, no podia resignarse á esta última degradacion de su infortunio. Aunque algo graves sus heridas, habria curado de ellas fácilmente, si le hubiera sido posible dominar la agitacion de su espíritu, ó si no hubiera aumentado su mal con los recuerdos de su pasada grandeza; porque tal era su mas viva é incurable herida, la que trastornaba su razon hasta el punto de considerarse como un objeto de desprecio y aborrecimiento para con sus súbditos. En un acceso de desesperacion se arrancó el vendage que cubria sus heridas, y desde entonces rehusó tomar el menor alimento de los que se le presentaban; pero muy pronto vino la muerte á poner fin á esta triste cadena de tantos infortunios. El monarca es-

piró en 30 de Junio de 1520, á los cuarenta y cuatro años de su edad, y diez y ocho de su reinado, del cual pasó siete meses prisionero de los españoles.

En seguida Cortés se apresuró á anunciar esta novedad al príncipe Cuiclahuatzin, general en gefe de los mexicanos, á quien envió á los pocos momentos el cuerpo del difunto que acompañaron seis nobles y muchos sacerdotes. El pueblo prorumpió en señales del mayor dolor á la vista de tan lúgubre obsequio, y los que trataban á Moctezuma de cobarde algunos dias antes, elevaban entonces sus virtudes hasta los cielos sin agotar el manantial de sus eminentes cualidades. El cuerpo fué llevado en mitad de la plaza de Copalco, donde se hallaba la fúnebre hoguera que debia reducirlo á cenizas. Nada se olvidó de las ceremonias acostumbradas en los funerales de los reyes. Los historiadores españoles varian sobre las causas y circunstancias de la muerte de Moctezuma. Cortés y Gomara la atribuyen á una pedrada recibida en la cabeza; Solís á la terquedad de no dejarse curar; Bernal Diaz, dice que se dejó morir de hambre; Herrera asegura que sucumbió á una violenta pasion de ánimo; Sahagun y algunos historiadores mexicanos afirman que pereció á manos de los españoles; pero esta suposicion es inadmisibile en presencia del interés que tenian aquellos de conservar la vida del monarca. Dejó una numerosa progenie, de la cual murieron tres hijos en la retirada de Cortés. El mas notable de los que sobrevivieron, se conoció con el nombre de Yohualicahutzil ó D. Pedro Moctezuma, de donde descienden los condes de Moctezuma y Tula. Las dos casas nobles de Cano y de Andrade Moctezuma, son originarias de una de las hijas de aquel desgraciado monarca. Los reyes de Castilla concedieron á su posteridad los mas latos privilegios é inmensas posesiones de la Nueva-España.

Retirada de los españoles: noche triste: terrible matanza: batalla de Otumba (1520). La muerte de Moctezuma era un triste acontecimiento para Cortés en las graves circunstancias en que se hallaba empeñado; pues le quitaba toda esperanza de transacion con los mexicanos, privándole al mismo tiempo de un protector y de un rehen precioso. Sus fuerzas no le permitian emprender ya la conquista de una gran ciudad, en la que el número de combatientes aumentaba de hora en hora, merced á los esfuerzos de tropas frescas que llegaban de las provincias. Conociendo que su salvacion solo pendia de la retirada, se determinó á salir de la ciudad para establecer sus cuarteles en Tlascala; pero firmemente resuelto á volver con un ejército numeroso, soprestado de vengar la muerte de Moctezuma, queria que esta retirada diese todavía una alta idea de la superioridad de los españoles. Tales eran los proyectos que Cortés habia sometido á la deliberacion de un consejo de guerra, cuando un nuevo movimiento de los mexicanos llamándole á nuevos combates, le hizo ver que todos los cálculos de la prudencia y arte

militar, pueden malograrse ante la salvaje desesperacion de un pueblo que defiende á sus dioses y á sus hogares.

Cortés necesitaba de algunos días para arreglar los preparativos de su marcha; pero muy pronto se convenció de que cualquier tardanza seria mas provechosa á su enemigo que á sí mismo. Los mexicanos levantaban barricadas en todos los puntos, rompian los caminos y cortaban toda comunicacion con la tierra-firme. Cortés mandó construir desde luego un puente móvil de vigas muy gruesas y tablas espesas, con cuyo auxilio la artillería y los bagages del ejército debian franquear las cortaduras. En seguida reunió á sus oficiales en consejo, les espuso la situacion crítica en que se hallaban, y les anunció que se proponia emprender la marcha sin demora alguna. Habiéndose discutido si la salida se emprenderia de día ó de noche, la mayoría opinó por la adopcion de este último extremo, con la esperanza de que las ideas supersticiosas de los mexicanos los detendrian en la inaccion durante aquellas horas, prestando igualmente fé á las predicciones de un soldado llamado Botello que pasaba por hábil astrólogo, en cuya ciencia fundaban cierta confianza tanto Cortés como sus compañeros. Este Botello prometió un resultado satisfactorio; pero los antiguos militares temian la marcha nocturna en un terreno cortado, y en presencia de numerosos enemigos en acecho, esponiendo que no estaban en el caso de pasar los fosos sobre un puente tan pesado y poco trasportable, y que por lo mismo debian perecer si eran atacados seriamente. Muy pronto se conoció que su experiencia valia mas que las promesas del astrólogo.

La noche del 1.º de Julio se abrieron las puertas de la fortaleza para dar salida por última vez á los españoles. Algunas horas antes se habian enviado dos prisioneros al jefe enemigo, bajo la excusa de acelerar la conclusion de un tratado de suspension de armas; pero con el verdadero objeto de distraer su atencion y hacerle creer que se esperaba con tranquilidad su respuesta. Entretanto no se perdía momento en preparar la retirada. Cortés parecia abrazarlo todo por medio de sus cuidados y precauciones. Doseientos españoles, veinte caballos y los mejores soldados tlascaltecas, componian la vanguardia á las órdenes del valiente Gonzalo de Sandoval. La retaguardia, compuesta del grueso de infantería, fué confiada á los oficiales venidos con Narvaez, bajo el mando de Alvarado y Velazquez de Leon. El general mandaba el centro ó la batalla, en donde iban la artillería, los bagages, el tesoro y los prisioneros, entre los cuales se notaban un hijo y dos hijas de Moctezuma, Cacamac, el depuesto rey de Tezcoco, y otros señores mexicanos á quienes Cortés conservaba como preciosas prendas para las futuras negociaciones. Hecho el reparto del tesoro del ejército, Cortés queria abandonar todo lo que no pertenecia al rey; pero los soldados no quisieron dejar sino aquello que no podian llevar sobre sus

hombros. Esta codiciosa imprudencia costó la vida á mas de un valiente.

Los españoles salieron de sus cuarteles muy cerca de la media noche: en seguida marcharon con el mayor silencio á favor de la oscuridad y de la lluvia, siguiendo el camino que conducia á la antigua Tlacopan (Tacuba), el menos descuidado de todos los demás. Ya habian llegado á la primera cortadura sin ser inquietados, y la vanguardia habia pasado felizmente sobre el puente portátil; pero en estos momentos fueron sentidos de los centinelas que habian sido apostados allí, lo mismo que en las demás entradas de la ciudad, y desde entonces corrió la voz de alarma por las silenciosas calles de toda ella. Llegado el segundo turno del centro, la artillería y los bagages avanzaron lentamente sobre la pesada máquina. Pero cuando la retaguardia logró atravesar este puente volante, el peso de tantos miles de hombres lo hizo hundir en el lodo, y no hubo esfuerzo bastante que lo sacase de él. Al mismo tiempo que algunos robustos españoles procuraban levantar la pesadísima máquina, hombres y caballos se alarmaron de pronto á los salvajes gritos y ronco sonido de las trompetas mexicanas. Tambien los aztecas habian aprovechado el tiempo; pues sin ser vistos habian seguido todos los movimientos de los españoles con un disimulo de que nadie los hubiera creído capaces. Sus canoas cubrian el lago por ambos costados del dique, y cuando vieron empeñados en el estrecho desfiladero á sus enemigos, comenzaron el ataque con tanto orden, union y combinacion tan perfecta, que á un mismo tiempo partieron de todos los puntos las flechas y las piedras, lanzándose sobre las tropas de Cortés como un solo hombre determinado á vencer ó morir. Los españoles agolpados en un estrecho espacio y entre las sombras de la noche, ni podian hacer uso de sus armas, ni emplear los recursos de su táctica que tanta superioridad les daba. Las tres divisiones españolas se veian separadas unas de otras por la interposicion de las masas enemigas, y cada una de ellas sucumbia al gran peso de sus contrarios. Todos los habitantes de México habian salido en persecucion de sus opresores, y se precipitaban sobre ellos como hombres ébrios de venganza que pagan en un dia toda la deuda de un antiguo encono. El desorden se hizo general entre las filas españolas, y si los mexicanos hubieran tenido la precaucion de mandar ocupar la cabeza del camino, ni un solo castellano se hubiera salvado del inminente peligro. Las dos últimas cortaduras de esta calzada fueron al fin flanqueadas por Cortés, á quien seguian un centenar de soldados y algunos caballos; pero á la noticia de que la retaguardia sucumbia si no recibia oportuno socorro, volvieron diferentes veces á la carga para facilitar la retirada á sus desgraciados compañeros. En seguida pasaron á tomar posesion de la ciudad de Tlacopan (Tacuba), á donde se les reunieron algunos españoles y un gran número de tlascaltecas, que se habian salvado á

nado y escondido en los campos. Por último, el día vino á poner en claro este espantoso desastre y á mostrar la extension de las pérdidas sufridas.

Faltaban cuatrocientos cincuenta españoles, cuatro mil tlascaltecas y todos los prisioneros mexicanos. La artillería, los bagages, las municiones y el tesoro del ejército habian caído en poder del enemigo, y este ejército tan debilitado ya antes de su salida, ofrecia el espectáculo de un puñado de hombres desmoralizados, cubiertos de heridas y jadeando de fatiga. El alma de Cortés estaba traspasada de dolor; pues habia visto caer á sus valientes compañeros de armas; habia oido los dolorosos gritos de los españoles prisioneros, arrastrados por los mexicanos para ser sacrificados á los dioses, y habia perdido un buen número de sus mejores oficiales. Sentia sobretodo la pérdida de Velazquez de Leon, uno de sus mayores amigos, de este guerrero tan leal en su amistad que se le miraba como la segunda persona del ejército. Tan tristes recuerdos le arrancaron lágrimas de dolor; pues sentado sobre una piedra lloró á la vista de tantos cadáveres, y un testimonio tan marcado de sensibilidad en corazon tan valiente, volvió á excitar el amor y la debilitada confianza de los suyos, tanto como su prudencia, destreza y valor le habian hecho siempre respetable.

Sin embargo, en este grande infortunio tuvo al menos el consuelo de verse rodeado de sus valientes capitanes Sandoval, Lugo, Olid, Ordaz, Avila y Alvarado, que habian escapado de la muerte, sobretodo el último, de un modo milagroso, franqueando de un salto la última brecha apoyado sobre su lanza. Tambien se mostraban junto á Cortés la intérprete Marina, Aguilar y el P. Olmedo, tan necesarios para atravesar el territorio de las naciones desconocidas ó sospechosas, como para conciliarse la voluntad de los pueblos cuya asistencia iban á buscar. Aun hubo otra dicha que no se esperaba. Los aztecas le dieron un respiro á sus fatigas; porque viendo al amanecer sobre el campo de batalla de que quedaron dueños, un hijo y dos hijas de Moctezuma que habian sido prisioneros de los españoles, les heló de espanto este tristísimo y sangriento espectáculo. Temieron unir á la impiedad el regicidio con dejar insepultas estas ilustres víctimas, y viéndose obligado el nuevo rey á asociarse al dolor público, suspendió las hostilidades para dar la orden de los funerales que debían ejecutarse con todo el ceremonial de costumbre, y como en esta función emplearon un tiempo que debian á la salvacion de la patria, Cortés tuvo algunas horas de intervalo para reorganizar un poco los tristes restos de su corto ejército.

La ciudad de Tlacopan no era plaza á propósito para sostenerse, porque era muy peligroso permanecer en una numerosa poblacion, cuyos habitantes podian causar gran daño sin recibir ninguno por su parte. Cortés tomó posesion del cerro de Otoncalpolco ó de Moctezuma, y se fortificó apresuradamente en un templo que domi-

naba todo este elevado punto. „En que Dios sabe el trabajo y fatiga que allí se recibió, dice él mismo, porque ya no habia caballo, „de veinticuatro que nos habian quedado, que pudiese correr, ni „caballero que pudiese alzar el brazo, ni peon sano que pudiese mearse.“ Los mexicanos antes de perder este edificio, consagrado á la divinidad que presidia las mieses, hicieron experimentar á los españoles nuevas y considerables pérdidas. Inmenso fué el gozo de Cortés al encontrar un abrigo en este recinto, espacioso y flanqueado por torres, y este agradable recuerdo se conservó tan perfectamente en su memoria, que despues de la conquista mandó construir una capilla dedicada á la virgen de los Remedios. Los enemigos despues de haber intentado inútilmente desalojarlos durante el día, se retiraron á la entrada de la noche como lo tenian de costumbre. Algunos otomíes que ocupaban dos aldeas vecinas, y á quienes pesaba sobremanera el yugo de México, llevaron algunas provisiones á estos infelices y hambrientos soldados.

La ciudad de Tlascala se presentaba á los ojos de Cortés como el único punto de retirada; pues allí no solo podia hallar en sus habitantes unos fieles aliados, sino tambien los socorros de todo género que le eran indispensables para continuar la guerra. Habiéndose ofrecido uno de los soldados de aquella nacion á servirle de guía, se puso en marcha á la media noche á pesar del deplorable estado de su gente, reservándose el mando de la retaguardia para resistir á los ataques de sus enemigos. Increíble parece los combates que tuvo que sostener, fatigas que soportar y dificultades que vencer en tan larga retirada, en la que para llegar al territorio de Tlascala se vió obligado á costear el lago de la parte de Occidente, á volver luego hácia el Norte y á dirigirse en seguida al Oriente, marchando siempre por el centro de un país insurreccionado, sin víveres y sin municiones. Jamás el valor y la perseverancia se habian puesto á tan terribles pruebas. En las cercanías de Zacamolco, ciudad considerable, fueron los españoles tan vivamente atacados, que en un instante se vió la tierra cubierta de piedras y flechas. El general recibió dos heridas en la cabeza. „Nos mataron un „caballo, dice Cortés, que aunque Dios sabe cuanta falta nos hizo, „y enanta pena recibimos con habérnosle muerto, porque no teniamos despues de Dios otra seguridad sino la de los caballos, nos comió „soló su carne, porque la comimos sin dejar cuero, ni otra cosa de „él segun la necesidad que traíamos; porque despues que de la gran „ciudad salimos, ninguna otra cosa comimos sino maíz tostado y cocido; y esto no todas veces, ni abasto, y yerbas que cogiamos del campo.“ Los tlascaltecas se arrojaban al suelo y pacian las yerbas de los campos, pidiendo lastimosamente á sus dioses que no les abandonasen.

Viendo Cortés que el enemigo aumentaba cada día, y que los españoles disminuian á ojos vistas, mandó construir muletas para

que los heridos pudiesen seguir la columna y defenderse en caso necesario. Esta precaucion cuya idea atribuye al Espiritu Santo, salvó algunas horas despues á varios de los suyos.

Al siguiente dia, apenas continuaba su marcha por las montañas de Aztaquemecan, cuando al desembocar el anchuroso valle, en donde se elevaba entonces la ciudad india de Otompan (Otumba), descubrió al ejército enemigo desplegándose sobre un inmenso espacio, y aguardando su llegada dispuesto en orden de batalla. Solís eleva á doscientos mil hombres esta multitud de indios, reunion de todos los pueblos aliados de México que habitaban al Norte y Oriente de los lagos; pero el cálculo de Solís es tan sumamente exagerado, que aun reduciendo aquella masa de indios á cincuenta mil hombres, debe creerse aumentado su verdadero número. Hacia ya dos ó tres dias que los españoles oian á menudo repetir á los pequeños destacamentos enemigos que de cerca les perseguian: „Avanzad, miserables, que pronto os encontraremos donde no podáis huir de nosotros, venid á recibir la recompensa de vuestros crímenes.” Ahora habian conocido la explicacion de esta frase misteriosa.

A la vista de este formidable ejército, desplegando sus inmensas alas para envolver las cortas fuerzas de Cortés, que en el deplorable estado en que se hallaban, asemejaba mucho á un batallon de inválidos en marcha, los mas intrépidos no pudieron evitar un movimiento de temor. „Y cierto creimos ser aquel el último de nuestros dias,” dice el general, según el mucho poder de los indios, y la poca resistencia que en nosotros hallaban, por ir como ibamos muy cansados, y casi todos heridos y desmayados de hambre.”

Observando Cortés que habia alguna vacilacion en sus filas, levantó aquella voz formidable que ejercia tanto imperio sobre sus antiguos compañeros, y que tambien sabia profetizar la victoria: „Amigos: llegó el momento de vencer ó morir. Castellanos: fuera toda debilidad. Fijad vuestra confianza en Dios Todopoderoso, y avanzad hácia el enemigo como valientes.” Los capitanes mostraron tanta confianza como audacia; los soldados respondieron con vivas aclamaciones, y todos invocaron á Jesucristo, á la Virgen María y al bienaventurado Santiago, dirigiéndose en seguida intrépidamente contra la confusa masa de enemigos. Los indios aliados de México, los españoles y tlascaltecas se batieron con igual encarnizamiento durante cuatro horas continuadas; los primeros excitados por toda la energía que puede dar un sentimiento de venganza; y los segundos, por cuanto puede inspirar el honor militar y la necesidad de salvarse de un gran peligro. Los españoles rompieron varias veces las masas enemigas, en las cuales hicieron en pocas horas horrible carnicería; pero los indios reemplazaban en el acto las bajas de los muertos con nuevas tropas, y volvian á cargar con el mismo entusiasmo é igual valor. El puñado de héroes castellanos dismi-

nuía por instantes sin poder reparar sus pérdidas. No estaba lejos la crisis de su entera desaparicion abrumado por el número; pero cuando ya el desaliento ganaba los mas aguerridos, Cortés tomó una de aquellas resoluciones repentinas que deciden la suerte de las batallas.

El general recordó que los ejércitos mexicanos tomaban la fuga luego que veian caer en manos del enemigo el estandarte real, y despues de haber recorrido con ojo infatigable el estenso campo de batalla, reconoció al general mexicano adornado con sus ricas insignias militares, llevando en el brazo un escudo de oro y conducido en una especie de camilla por algunos de sus oficiales. El estandarte del imperio iba atado á su espalda, y se elevaba sobre su cabeza como unos diez palmos. Cortés se volvió á los caballeros que le acompañaban, entre los cuales estaban Sandoval, Avila, Olid y Alvarado, y les dijo: „Vamos hácia aquel hombre y acabemos con él: aquel es nuestro blanco: seguidme y ayudadme.” En seguida se adelanta con su caballo, golpea y derriba cuanto se le pone delante, se hace abrir claros por el centro de las masas, llega hasta el gefe enemigo, y lo derriba de una lanzada. En este mismo instante Juan de Salamanca, intrépido ginete que habia permanecido al lado de Cortés, echa pié en tierra á toda prisa, remata al mexicano, le quita su brillante penacho, se apodera del estandarte real y lo presenta á su general como un trofeo que le pertenecia. Cuando el ejército enemigo, cuyas miradas se fijaban de continuo en aquella bandera, la vió flameando en manos del invencible Cortés, pareció atacado de un terror repentino y huyó en todas direcciones, lanzando espantosos ahullidos y creyendo que á su espalda traian un enemigo. Los españoles le siguieron el alcance por mucho tiempo, hasta que saciados de matanza se volvieron á recoger los despojos de la batalla. Jamás hubo victoria mas completa ni mas oportuna, y que produjese tan importantes resultados á los que le habian obtenido. Este hecho de armas fué el mas brillante que los españoles dieron en el Nuevo-Mundo, y sin embargo de que todos regresaron heridos, se cubrieron de gloria á los ojos de una nacion que los creia derrotados. Sandoval se distinguió entre los mas diestros y valientes capitanes. María de Estrada, muger de un soldado español, hizo prodigios de heroismo en los momentos del combate. Casi todos los tlascaltecas perecieron. El indomable Cortés, á quien habian distinguido su brillante valor, los recursos de su genio y su admirable serenidad, fué proclamado por un grito universal el héroe de esta memorable batalla.

El botín fué inmenso: los enemigos se habian adornado con todas sus ricas capas y mas hermosas armas; llevaban tambien sus mas brillantes plumas, con joyas de oro y piedras preciosas. Los españoles pasaron la noche en un templo inmediato al campo de batalla, en el que cantaron á coro un solemne Te-Deum en accion

de gracias por su salvacion. Tal fué la célebre batalla de Otumba, la cual tuvo efecto el 8 de Julio de 1520, y en ella perecieron mas de veinte mil indios. La fortuna contribuyó á dar la victoria á los españoles.

CAPITULO VI.

Desde la batalla de Otumba, hasta la caída del imperio azteca.

RETIRADA DE LOS ESPAÑOLES Á TLASCALA: Cuitlahuatzin, décimo rey de México: embajada de México: descontento del ejército: guerras con las tribus convecinas: Cuauhtemoztin, undécimo emperador de México. Marcha de los españoles á Tezcoco: su entrada en esta ciudad: saqueo de Ixtapalapan: traslacion de los bergantines. Expediciones contra las ciudades de Jaltocan y Tacuba: escaramuzas con el enemigo. Expedicion de Sandoval: llegada de unos refuerzos. Conclusion del trabajo de los bergantines: distribucion del ejército: suplicio de Jicotencatl. Principio del sitio de México: entrada de los sitiadores en la ciudad: nuevas entradas en la capital: confederaciones de algunas poblaciones del lago con los españoles. Estado deplorable de los mexicanos: último ataque y toma de la ciudad. Reflexiones que hace Prescott sobre los sucesos de la conquista de México.

RETIRADA DE LOS ESPAÑOLES Á TLASCALA: Cuitlahuatzin, décimo rey de México: embajada de México: descontento del ejército: guerras con las tribus convecinas: Cuauhtemoztin, undécimo emperador de México. (1520). Al siguiente dia de la gran batalla de Otumba, 8 de Julio, los españoles alcanzaron la muralla que separaba el territorio mexicano de el de la república, y se detuvieron algunas leguas de la capital en la ciudad de Huejotlipan, compuesta de doce á quince mil habitantes. No dejaba de inquietarles el temor de la manera con que serian recibidos; porque fuertes y poderosos en la campaña del anterior año, el miedo pudo acaso contribuir á la alianza que se había estipulado con ellos; mas hoy débiles, sin víveres, sin municiones, sin medios de defensa, todos heridos y estenuados de fatigas, tenían en contra suya la política y el interés de aquellos republicanos. No contaban con otros protectores que las virtudes de sus generosos huéspedes: ellos, cuya bravura era tan notoria como su fidelidad á la fé jurada, los acogieron en clase de desgraciados hermanos que reclamaban su proteccion. El cacique Maxixcatzin y el jóven Jicotencatl, salieron á recibirlos hasta Huejotlipan. El capitán español, cumplimentado como si viese de alcanzar una victoria, fué recibido á los tres dias en la ca-

pital con mas pompa y magnificencia que cuando entró la vez primera. El y su acompañamiento se alojaron en el espacioso palacio de Maxixcatzin; y el resto de las tropas fué hospedado en los términos del señorío del cacique.

El presidente del senado de Tlascala, aunque oprimido por la muerte de su hija y compañera de Marina, que había perecido en el terrible combate de la *noche triste*, se esforzó en halagar á Cortés con la esperanza de un pronto y completo desquite. Las mujeres le suplicaban que se preparase á vengar la muerte de sus hijos y maridos. Se le aseguró que todas las fuerzas de la república se pondrian á su disposicion, y cada dia sonaba en sus oidos el grito de guerra y muerte á los mexicanos. Los españoles pudieron convencerse de que con el auxilio de semejante pueblo, nada tenia de dudosa la conquista del imperio de los aztecas. Deseando Cortés mostrar su gratitud por esta generosa acogida, distribuyó con mano liberal entre las personas principales de la república, todo el botín que había hecho en Otumba, y el oro que había traído de los palacios de México. Encargó á sus soldados que conservasen la mejor armonía con los habitantes, conformándose á sus usos y costumbres, tolerando sus preocupaciones, á fin de que se cimentase mas y mas la buena inteligencia que reinaba entre las dos naciones. En medio de los regocijos que se siguieron á su regreso, las últimas heridas que recibió en la campaña contra los mexicanos, se agravaron de tal manera que le ocasionaron una calentura cerebral, y el héroe probado en cien batallas peligrosas y que había desafiado á la muerte innumerables veces, se vió en vísperas de dar punto á las gloriosas hazañas que meditaba en su pensamiento; pero su excelente constitucion lo hizo superior á la vehemencia de su enfermedad, y se asegura que debió la vida á la habilidad de los médicos del país. El interés que los tlascaltecas tomaron en su restablecimiento á la salud, debió convencerle que todo podia esperarle de su caballerosa amistad.

Mientras los españoles descansaban bajo el techo hospitalario de estos fieles aliados, los aztecas se ocupaban en reparar sus pérdidas y elegir un emperador. La eleccion recayó en Cuitlahuatzin, hermano de Moctezuma, su íntimo consejero y general del ejército. Al acendrado odio que abrigaba contra los extrangeros, cualidad recomendable á los ojos de los electores, reunia las demás virtudes necesarias para gobernar en la delicada circunstancia que se hallaba el país. Su gusto á las artes le había dado á conocer como gefe ó señor de Ixtapalapan; pues se le debía la construccion del hermoso palacio de aquella residencia, y los lindos jardines que han merecido tanto encomio de los historiadores nacionales. Su bravura se había hecho célebre entre los habitantes de Anáhuac; él mandaba en persona el ejército hácia los últimos dias de la ocupacion de México, y había dirigido todos los ataques durante la ter-